

Salto al vacío...

Mientras caigo, mis lágrimas se mezclan con mis recuerdos, mis padres, mi hermano, y... Arnie; ¿por qué no? Mi corazón, ya a punto de apagarse, podría compartir el amor que confieso por cada uno de ellos.

Y llegó mi final. Llega el impacto con el agua. Me quedo inconsciente, ya no hay recuerdos, no hay nada en mi cabeza, solo agua por todas partes, no puedo moverme. Mi vestido pesa tanto que no puedo mover ni los brazos ni las piernas. Empiezo a notar cómo el agua se mete por mi nariz y en mi boca.

No puedo respirar. Nunca imaginé que así sería mi final, pero la vida a veces no es como uno la imagina...

De repente un dulce susurro inunda mi cabeza: «No te rindas». «Mantén la calma». «Abre los ojos». «Yo estoy aquí, siempre lo he estado».

Creía que ya estaría muerta y que serían las primeras alucinaciones, hasta dejar de sentir... Y por un instante, no me hubiera importado. En ese momento estaba cansada, demasiado cansada y dolorida. Había sentido tanto dolor cuando impacté con el agua helada, que me preguntaba qué sentido tendría luchar por salir a flote. Sin embargo, de repente, algo me sacudió, fue una fuerza extraña que hizo vibrar todo mi cuerpo ya inmóvil. Abrí

los ojos y allí estaba ella. Avari me cogió fuerte de la mano ya casi muerta, acarició mi cara, como en mi sueño, y me subió a la superficie.

1. Avari

Me he vuelto a despertar llorando, tengo que lavarme la cara antes de que Timy entre en la habitación y me vea. Me levanté de un respingo de la cápsula de sueño, me puse esas zapatillas viejas a las que tanto cariño tenía; ellas habían vivido conmigo tantas aventuras, juegos misteriosos por la casa buscándole cuando papá y mamá se marchaban a prestar servicio en la lavandería... ¡cómo podría tirarlas a la basura!, sería algo parecido a un sacrilegio, si lo hiciera.

Me puse un chándal cualquiera y corrí al servicio para lavarme la cara. Si alguien supiera de los altibajos en mi estado de ánimo últimamente, tendría un grave problema con los Guardianes y éstos estarían encantados de clavarme el mosquito directamente en el corazón. ¡¡Solo pensarlo, me horroriza!!

Siempre he pensado que el espejo no miente, vi mi cara, esa expresión triste y confusa que todos hemos sentido alguna vez cuando hemos tenido un sueño genial y te despiertas; en ese instante, y solo en ese instante, es cuando te das cuenta que solo ha sido un sueño, no es real. Así me siento desde que Avari decidió marcharse sin pedir permiso a nadie y sin poder siquiera darle todos esos abrazos que le hacían tanta falta. Bueno... en realidad, no decidió marcharse, su corazón cansado... dejó de latir.

Su bondad traspasaba cualquier límite humano, para mí y para mi familia fue un ángel en la tierra. Desde que tengo uso de razón, Avari, mi abuela, siempre ha estado con nosotros, en nuestro día a día, desde pequeños, una segunda madre, sin lugar a dudas. Aunque hace dos años ya que se fue, lo recuerdo como si fuese ayer.

En nuestra Nación gozamos de un clima cálido durante todo el año, pero aquel día fue distinto. Fue el más frío que recuerdo. Cuando volvíamos del cementerio en el coche, cerré mis ojos, los mismos que no podían dejar de llorar su pérdida. Debí quedarme un instante dormida y en ese momento, noté cómo una fuerza sobrenatural, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, y supe que ella estaba allí, que Avari siempre estaría allí, para mí... y que en algún momento importante de mi vida la volvería a ver de un modo u otro...

Timy, como siempre, interrumpe mis pensamientos, mi hermano de cinco años ha entrado en mi habitación sigilosamente, como de costumbre. Desde que ve la serie de dibujos de espías que tanto le gusta, va por la casa creyéndose el mayor súper héroe de los últimos tiempos. No puedo evitar reírme cada vez que veo cómo esos ojos azules tan inmensos se esconden tras el antifaz que mi madre le compró por su último cumpleaños. Por supuesto él dice que no es un antifaz cualquiera, es el antifaz con el que puede identificar a los «malos», aunque cómo explicarle a sus cinco años, que en nuestro tiempo y en nuestra nación, ya no nos teníamos que preocupar por ese motivo.

Estamos en el año 2526, lo que se conocía como planeta Tierra desapareció. Todos los países, todas las ciudades, fueron arrasadas por el agua. Una gran ola «barrió»

toda la civilización. Mis padres nos contaron que nuestros antepasados no se preocuparon por el medioambiente, cada vez había más violencia y el poco amor que le confesaban a la Tierra desencadenó en su propia muerte.

Nuestros libros de Historia cuentan cómo a partir de ese momento, los supervivientes hicieron un Pacto Universal de Paz, llamado *EL CÓDICE*, mediante el cual, comenzarían de nuevo, se tratarían como hermanos, de forma amable, respetuosa y compasiva, y cuidarían a la madre Naturaleza en todas sus variantes. Desde entonces hasta ahora, siempre ha sido así.

Vivimos en la Última Nación, conocida coloquialmente como *GAYA*, en honor a la Diosa Primigenia Gaya: la Gran Creadora surgida del caos y las aguas primordiales. Nosotros, sus habitantes, tenemos mucho respeto y adoración por nuestros Dioses; en ellos pusimos la fe de comenzar un futuro nuevo y ellos son los que, creemos fervientemente, nos han dado esta segunda oportunidad.

Mis padres, mi hermano y yo vivimos felizmente en la Esfera Sur. *GAYA* consta de dos Esferas, Norte y Sur, ambas separadas por un gran puente legendario que divide en dos a la NACIÓN. Los habitantes de ambas nos comportamos de la misma manera, amables, confiados los unos con los otros, y siempre felices. Manteniendo nuestra *Ataraxia* y queriéndonos como dicta *El Códice*.

De ahí que no tenga ningún sentido explicar a mi hermano que no tendría nunca que preocuparse por la gente malvada, ya que en nuestra especie nunca habían existido.

Ahora es verano, el último del que voy a disfrutar al máximo, ya que en septiembre iré con Violet, mi amiga desde que tengo uso de razón, al *Centro de Designación de*

Servicio, que es como su propio nombre indica, donde te preparan para realizar la prestación de servicio que más se adecúe a tus posibilidades. Siempre habíamos soñado desde pequeñas con ese momento, ya que no tendríamos tanto que estudiar y pasaríamos a ejercer el tipo de servicio que más nos gustara. A Violet siempre se le había dado genial cocinar pasteles y tartas, con lo cual, yo creo que se le ofrecería ejercer en alguna de las pastelerías de la Nación. Yo en cambio, la verdad es que no tenía ninguna cualidad que pudiera sobresalir, así que dejaría que fueran los profesores del *Centro de Designación* los que me aconsejaran qué servicio escoger.

El problema de Violet es que siempre se había creído un patito feo, sin embargo, yo nunca había visto un cabello pelirrojo tan bonito; esas pecas que disfrazaban de ese modo tan original su cara me hacían sonreír cada vez que pensaba en ella. Desde nuestra infancia, en el *Centro de Aprendizaje*, siempre la he defendido de otros niños. Le llamaban ¡Lunar con patas!, ¡Cara de mocho!, la pobre nunca decía nada, simplemente bajaba la cabeza; pero no hacía falta defensa alguna, ahí estaba yo para poner a todos esos niños en su lugar, a todos menos a uno, Arnie... él era distinto a todos ellos.

—Abey, tenemos que encontrar a *Boby*, creo que se ha metido en casa de los Bryton, y allí nos les gustan los perros y menos *Boby*, que ya sabes lo trasto que es —mi hermano reclama mi atención, como lo hace siempre, tirándome de la pierna, mientras me recojo el pelo en una coleta.

—Timy, te tengo dicho que tengas cuidado con él. Ahora mismo iremos a ver si *Boby* se ha metido en problemas, dame un segundo —le contesto.

Mientras nos dirigimos a casa de los Bryton, que está justo frente a la mía, llevo de la mano a mi hermano pequeño, solo tiene cinco años, pero a veces, con sus comentarios parece como si tuviera cien. Es rubio con los ojos azules, y de piel rosada, que hace que le resalten más esos ojos tan pequeños que tiene. Él ha heredado, sin duda alguna, la belleza de mi madre, Yo tengo el pelo castaño, ojos marrones y piel aceitunada de mi padre.

Todos los habitantes de la Nación tenemos nombres con un significado peculiar y original, y la mayoría de veces relacionados con la Naturaleza, en honor, por supuesto, a Ella. Mi nombre es, Abey, que significa hoja. Abey Dimothy. Mi madre durante el embarazo tuvo dudas con qué nombre me pondría. Decidió esperar a verme para poner un nombre que me definiera, y me contó que todas esas dudas se esfumaron en el mismo momento que nací y vio en mi hombro izquierdo una marca de nacimiento, era la forma diminuta de una hoja, de ahí mi nombre.

Cruzando la calle, observo las líneas perfectas que configuran la casa de los Bryton. Donde yo vivo, todas las casas son muy parecidas, son grandes mansiones que hemos ido heredando de nuestros antepasados, con altos techos solares para aprovechar la luz. Fabricadas con materiales que no contaminan el medioambiente, varias plantas con distintos departamentos, cálidas chimeneas para los días menos cálidos y pequeños jardines llenos de flores y, por supuesto, con todos los avances tecnológicos de nuestra Era; es lo que llamaban nuestros antepasados hace cientos de años «las futuras casas inteligentes». En el pasado eran un proyecto aún, hoy en día son una realidad. De hecho te acostumbras fácilmente a que la nevera te hable diciéndote que

ya no te queda leche o que a la bandeja de carne le falta un día para que caduque.

Cada casa rezuma toda la historia de la familia a la que ha pertenecido durante todo este tiempo atrás. Por ejemplo, mi casa no está tan decorada por fuera, con todo tipo de flores como le gusta plantar a Sue Bryton, de hecho mi madre es muy descuidada para esas cosas. Sin embargo, si las casas hablaran, seguro que ganaría la mía, por toda la historia que rezuman sus paredes.

Mis abuelos, los padres de mi madre, y mucho antes, sus antepasados, fueron grandes personalidades de GAYA, no a nivel de poder, sino de una forma espiritual. Vivían en el Parlamento y ayudaban a la gente a curar sus enfermedades con remedios caseros y plantas de todo tipo, de ahí que mi casa actual no fuera una de las más antiguas de la zona, ya que con el tiempo, mis antepasados dejaron el Parlamento y se vinieron aquí, más cerca del lago. Por supuesto, todas nuestras casas están abiertas de par en par, ya que no tendría sentido cerrarlas, porque no existe peligro real de que nadie nos robe.

Conozco la casa de Arnie Bryton como si fuese la mía. Desde que éramos pequeños, todas las tardes después de clase, nuestras madres, amigas también desde la infancia, quedaban y mientras ellas tomaban una taza humeante de café o comían unas pastas recién hechas por mi madre, Arnie y yo soñábamos en ser los más famosos astronautas de la Nación. Nuestro afán por saber qué habría más allá nos llevaba a usar la imaginación a veces más de lo debido.

En el jardín de su casa veo a Arnie sentado, en el porche, jugando con *Boby*. Su salvaje melena negra del color del azabache contrastaba con sus tiernos ojos color miel, y